

LEIBER, DICK, ANDERSON,
KNIGHT, NIVEN...

VISIONES PELIGROSAS II

Harlan Ellison

SUPER
FICCIÓN



La mas famosa antología de ciencia ficción publicada en Estados Unidos. Su aparición en lengua inglesa provocó una auténtica revolución, tanto por su originalidad (ha sido la primera antología de relatos inéditos) como por la circunstancia de que el antólogo dio absoluta libertad a los autores en cuanto a temática y expresión literaria.

Introducción

Las líneas introductorias que escribí para Visiones peligrosas en enero de 1967, empezaron a ser leídas en el mundo de la ciencia ficción en noviembre de aquel año. Sentado en el apartamento de Terry Carr, en Brooklyn Heights, aquel mes de enero, con la espalda apoyada contra la pared y acabándose ya el plazo para la entrega del original, empecé mi introducción general al libro con estas palabras: «Esto que tienen ustedes en sus manos es más que un libro. Si tenemos suerte, será una revolución».

De Visiones peligrosas se han vendido, hasta 1969, más de sesenta mil ejemplares en edición normal y de club del libro. Varios de sus autores han ganado premios Hugo y Nebula, y la obra ha merecido incluso una mención especial en la XXVI Convención Mundial de Ciencia Ficción. (Esa mención, incidentalmente, decía: «A Harlan Ellison, antologista de Visiones peligrosas, el libro más significativo y controvertido de ciencia ficción publicado en 1967».)

¿Qué opinan de eso, soñadores del sueño? Quizás exista un Dios, después de todo. Esos escritores, artistas y editores se las arreglaron para reunir el más significativo y controvertido libro del año, y con su machaconería parecen haberlo conseguido.

Por otra parte, si Visiones peligrosas era una ruptura tan grande, ¿por qué hay tanta gente que lo critica? ¿Por qué algunas librerías a lo largo de todo el país se niegan a tenerlo en sus estanterías? ¿Por qué el ex director del Club del Libro de Ciencia Ficción recibió miles de ejemplares devueltos, con exasperadas cartas de mamás, jefes de boy-

scouts, profesores y clérigos, exigiendo saber por qué los preciosos fluidos corporales de sus chicos habían sido polucionados con esa inmundicia de volumen? ¿Por qué estaba surgiendo un movimiento contrarrevolucionario patrocinado por alguien llamado John Jeremy Pierce, dedicado a proseguir una «guerra santa» cuya finalidad era erradicar Visiones peligrosas y libros como este? ¿Por qué, en los simposios desde Berkeley hasta el Bronx, los críticos han vituperado y maldecido este libro? ¿Por qué un estimado crítico se adjudicó el llamar a Visiones peligrosas la biblia de algo a lo que llama «la Nueva Ola», y luego emplea páginas y más páginas en informar a los lectores de lo detestable que es?

Y por la otra parte (hallándonos en el mundo de la ciencia ficción, podemos tener todas las partes que deseemos), ¿por qué un crítico periodístico dijo: «Visiones peligrosas es una de las mejores antologías del género publicadas en la última década. Imagino que no va a poder ser superada en mucho tiempo»? ¿Por qué casi todos los autores que aparecen en el libro hablan con orgullo de su contribución al proyecto? ¿Por qué este humilde recopilador recibe más de tres mil cartas sobre el libro, que pueden alinearse desde esta, de una tal señora S. Blittmon de Filadelfia?:

Querido señor Ellison,

Cuanto tomé su libro Visiones peligrosas en la biblioteca y leí las dos introducciones, pensé que iba a ser algo grande. No puedo decirle lo enferma que me sentí después de leer (y aquí nombraba dos relatos). Dice usted que su abuela era judía (así es) pero yo creo que no; tuvo que ser viet-cong, o de otro modo usted no hubiera podido pensar tales atrocidades. ¡Que la maldición caiga sobre usted! La ciencia ficción tendría que ser algo hermoso. Con esa mente que tiene, debería estar usted limpiando letri-

nas y aún eso sería demasiado bueno. Atentamente...

Hasta esta otra, de Monte Davis de New York City:

Querido señor Ellison,

¡¡¡Oh, muchacho!!! Y montones de exclamaciones similares que pueda dirigirte en honor a tu (indudablemente fecunda) imaginación, todas ellas destinadas a decirte que Visiones peligrosas es un libro infernalmente bueno. Dejando a un lado por el momento esa tonta idea acerca de la «nueva cosa», esta criatura tuya es simplemente la cosa más locamente divertida que he encontrado en meses. Para alguien (como yo) hambriento por culpa de la escasez de cualquier tipo de frescura literaria o intelectual en las revistas, y el dolorosamente pequeño número de nuevos libros realmente legibles, esto ha llegado como un deshollinador mental...

Cartas como estas llegaron a montones, y siguen llegando todavía. Números enteros de revistas de aficionados han sido dedicados a este libro; directores de revistas profesionales se han lanzado a encarnizadas disputas con sus colaboradores acerca de historias demasiado «a lo Visiones peligrosas»; carreras enteras de Escritores de Gran Renombre se han visto alteradas por su contribución al libro; otras carreras se han visto resucitadas, y en una ocasión una carrera fue sofocada en su cuna. Pero los cambios que parecen haberse producido en el campo de la ciencia ficción a causa de la publicación de Visiones peligrosas son aún mucho más notables.

El libro abrió la puerta, con su popularidad y controversia, a todo un torrente de antologías «originales», con la intención de eludir las estrecheces de miras de muchos direc-

tores de revistas de ciencia ficción. Puesto que las antologías Orbit de Damon Knight se iniciaron antes de que apareciera Visiones peligrosas, no creo que Damon me ponga en la picota por haberle robado el mérito si opino que Visiones peligrosas amplió el mercado de sus antologías, liberó la forma de pensar de muchos escritores, y en varias formas derribó las barricadas para abrir camino a otros, muchos de los cuales están ahora publicando en sus antologías. La nueva colección de relatos originales Nova de Harry Harrison sigue el esquema establecido por Visiones peligrosas. The Farthest Reaches (Las extensiones más lejanas) de Joe Eider, y Alchemy y Academy (Alquimia and academia) de Anne McCaffrey son otras dos colecciones «originales» que muy probablemente no hubieran funcionado a no ser por Visiones peligrosas.

Los anticipos que reciben ahora los autores, como resultado del éxito obtenido por Visiones peligrosas, se han doblado y hasta triplicado.

Y lo que es más importante: hemos conseguido finalmente esa revolución. Si ustedes lo dudan, simplemente díganle «nueva ola» a Sam Moskowitz. Si lo dudan, simplemente sugieranle a Fred Pohl que publique un número de la revista que dirige, Galaxy, totalmente dedicado a la Nueva Ola. Y siéntense en un panel de debates en una convención de ciencia ficción: podrán asistir todavía a interesantes y valiosas discusiones sobre «el corrimiento al rojo como fuente de material para las historias de ciencia ficción astronómica», pero ahora —además— podrán escuchar doctas conferencias sobre La Ciencia Ficción Como Literatura de la Revolución, Cómo Escribir la Novela de Ciencia Ficción Sobre la Dinámica de los Media, Paralelismos Entre el Simbolismo en James Joyce y en Philip José Farmer, Los Tabúes en las Revistas de Ciencia Ficción. Todo el mundo está hablando a la vez, y el diálogo ha hecho de este el período más excitante de toda la historia de la ciencia ficción. Los críticos y los académicos han descubierto que esta humilde

«ficción del pueblo» posee algunas aspiraciones legítimas a la grandeza, que los nombres que han dedicado sus vidas a este tipo de literatura son en muchos aspectos iguales a los grandes nombres aclamados en las listas de best-sellers del New York Times.

Y aunque es arriesgado sacar conclusiones acerca del efecto que en su conjunto ha tenido Visiones peligrosas en el género, o su impacto último, sí es posible al menos resaltar el furor que la obra ha causado, llenando así su intento de despertar las mentes.

En esta breve introducción al segundo volumen de Visiones peligrosas he intentado poner de relieve lo ocurrido desde su primera y ya lejana publicación en tapa dura. En el tercer y último volumen les hablaré de cómo muchos de los escritores que han colaborado en este primer volumen-triada se han visto afectados por lo que hicieron en Visiones peligrosas.

Pero ahora están ustedes a punto de visitar un mundo distinto en compañía de diez hombres y mujeres que —ya sea en términos de blasfemia o bondad o humor negro— se atrevieron a soñar sus propias y especiales visiones peligrosas. Gocen de ellas.

Nos veremos en el próximo volumen. No se vayan muy lejos.

Los Ángeles

El hombre que fue a la luna... dos veces

(Howard Rodman)

Originalmente, una de las intenciones secundarias (pero no menos importantes) de esta antología era presentar y llamar la atención de los lectores sobre historias firmadas por escritores muy alejados normalmente del campo de la ficción especulativa. Los nombres de William Burroughs, Thomas Pynchon, Alan Sillitoe, Terry Southern, Thomas Berger y Kingsley Amis se hallaban relacionados en mi lista preliminar de colaboradores. El nombre de Howard Rodman también estaba en la lista. Circunstancias de naturaleza casi maquiavélica impidieron la aparición aquí del primer sexteto. Howard Rodman está entre nosotros. Me siento honrado.

(Un comentario: qué extraño me resulta el que los fans de la ciencia ficción, los que eligen existir en mundos de ensueño llenos de vuelos siderales, ciudades de maravilla, inventos maravillosos, puertas que se dilatan, tridivisión y «sensos», sean quienes desprecian más ruidosamente la moderna televisión. La mayoría de los fans a los que he conocido, cuando descubren que paso parte de mi tiempo escribiendo para los medios audiovisuales, me dicen de una forma más bien condescendiente que ellos raramente miran la televisión, como si el hecho de mirarla fuera considerado denigrante. Qué triste debe de ser para ellos ver la televisión, los viajes espaciales, y todas las demás predic-

ciones de la «cientificción» gernsbackiana convertidos en realidad por los filisteos. Supongo que, en un cierto sentido, es una pequeña tragedia, como el haber estado convencido durante años de que Tolkien era algo grande, y encontrarse de pronto con que todos los esnobs del mundo están leyendo las ediciones de bolsillo de El señor de los Anillos en los transportes públicos. Pero esto es algo muy distinto. Afirmando categóricamente que es mejor tener una televisión dirigida a la gran masa tal como la tenemos ahora, aunque sea horrible en un 96% de las veces, que relegarla al horrible destino antiséptico que le reservaba la ciencia ficción en 1928.)

Howard Rodman ha ganado más premios de obras dramáticas para televisión que ningún otro escritor que trabaje para el medio. Su famoso guión para Naked City (La ciudad desnuda), Uniendo lugares muy alejados, ganó los premios Emmy y de la Unión de Escritores, no sólo para él sino también para la serie en sí, el director y los actores. Recordemos el dramático televisivo del Bob Hope-Chrysler Theater, El juego con trozos de cristal. Fue, de hecho, el estilo de Howard Rodman lo que dio el tono a lo mejor de Naked City y de Route 66 (Itinerario 66) durante su celebrado paso por los canales de televisión.

Howard Rodman nació en el Bronx, y a los diez años decidió ser escritor. Tomó esta decisión seriamente a la edad de quince años, y desde los quince hasta los dieciséis leyó como mínimo un volumen de relatos cortos al día; de los dieciséis a los diecisiete leyó únicamente obras de teatro, cinco o seis al día; y de los diecisiete a los veintiuno escribió tres mil palabras al día: relatos cortos, escenas de teatro, poemas, secuencias narrativas, etc. Se graduó en el Brooklyn College, y luego prosiguió su educación en la Universidad de Iowa. A los veintiún años entró en el ejército (donde en-

tre sus obligaciones se le requirió que inspeccionara los burdeles de Lille como sargento de contrainteligencia). Ha publicado más de ciento cincuenta relatos cortos, varios cientos de poemas, cuarenta obras teatrales en un acto, cuatro en tres actos (y ha sido incluido en volúmenes de las mejores obras teatrales del año). Durante los pasados diez años ha trabajado activamente en radio, televisión y cine. A los cuarenta y siete años, Howard Rodman —alto, jovial, increíblemente ingenioso y erudito Howard Rodman—, el apasionado al cine, se ha casado, divorciado y vuelto a casar con la encantadora actriz llena de talento Norma Connolly. Tienen cuatro hijos, varios de los cuales pueden ser alineados entre los genios según los criterios más exigentes.

Me siento particularmente complacido de que Howard pueda aparecer en esta antología, no solamente debido a que su historia es algo realmente muy distinto y muy especial con relación a las demás de este libro, sino por un número de razones secundarias, que relaciono a continuación: mucho antes de que yo llegara a Hollywood, era un admirador de los guiones de Rodman. Me parecía que encarnaban los ideales que un guionista debía mantener en un medio dedicado a vender a toda costa desodorantes para el pelo, la boca, las axilas y los espacios entre los dedos de los pies. Me hice el firme propósito de conocer a Rodman, a los primeros meses de mi estancia en la Ciudad de los Payasos, y de él aprendí una importante lección. Una lección que cualquier escritor puede utilizar. No se asusten. Es sencilla; no dejen que les abrume. Ellos no pueden hacerle nada. Si los patean fuera del mundo cinematográfico, hagan televisión. Si los patean fuera de la televisión, escriban novelas. Si no quieren comprar sus novelas, vendan relatos cortos. Si no pueden hacer esto, entonces mejor dedíquense al negocio de la construcción. Un escritor escribe siempre. Para eso ha sido

hecho. Y si no le dejan escribir un tipo determinado de cosa, si le echan de un mercado determinado, entonces búsquense otro mercado. Y si les cierran todos los bazares, entonces, por el amor de Dios, trabajen con sus manos hasta que puedan escribir de nuevo, porque el talento estará siempre ahí. Pero la primera vez que digan: «¡Oh, Cristo, me están matando!» están perdidos. Porque lo primero que tiene un escritor para vender es su valor. Y si no lo tiene, entonces simplemente es un cobarde. Es un traidor y un esquirol y un herético, porque escribir es un trabajo sagrado. Eso es lo que aprendí de Howard Rodman.

Otra razón de mi alegría por la inclusión de Rodman entre estas páginas es el trasfondo de la historia que ha contado. Es una historia tierna, aparentemente común y no muy «peligrosa». Sin embargo, cuando la leí por primera vez, y se me ocurrieron estos pensamientos, hice una pausa con una advertencia parpadeando dentro de mí: Léela de nuevo. Rodman es tortuoso. Así que la leí de nuevo, y además de comprender muchas cosas que en una primera lectura no había comprendido, el dolor de la concepción misma de la historia me sobrecogió. Rodman ha intentado algo muy difícil y en cierto modo desconcertante. Ha hecho un sabio comentario sobre el mismo tema que yo he comentado un poco antes, en el segundo párrafo de esta introducción (la parte que está entre paréntesis). Este es el tipo de historia que Heinlein acostumbraba a escribir, y que Vonnegut ha hecho varias veces, pero que la mayoría de los escritores especulativos nunca tomarían en consideración. Están demasiado lejos en el espacio. Rodman mantiene sustanciales lazos con el aquí y el ahora. Y es esta preocupación (e inclinación) hacia la tragedia del aquí y ahora lo que ha inspirado la historia del hombre que fue a la Luna... dos veces.

Una razón final por la que me regocijo de la presencia de Rodman aquí. Es un luchador, no simplemente un liberal de salón. Su advertencia de que nunca me asustara fue seguida por una orden de luchar por lo que había escrito. He intentado hacerlo, algunas veces con éxito. Es difícil en Hollywood. Pero mi mentor, Howard Rodman, es el hombre que en una ocasión no dudó en arrojar un pesado cenicero al hombre que había abortado uno de sus guiones, y que tuvo que ser firmemente sujetado para que no le arrancara a ese hombre la cabeza de sobre sus hombros. En otra ocasión envió a un poderoso productor, que había hecho una carnicería con uno de sus guiones, un enorme paquete envuelto con un crespón negro. Dentro había unas tijeras con una nota que decía: Requiescat in pace, y el título del guión. Hay una leyenda que corre por los estudios: si no consigue un dolor de cabeza con Ellison trabajando con usted, entonces contrate a Rodman, y trabajará con el original.

El testimonio más visible de la calidad de su obra es que Howard Rodman es uno de los escritores más ocupados de Hollywood.



La primera vez que Marshall Kiss fue a la Luna tenía nueve años, y el viaje fue accidental. Un globo cautivo se soltó en la feria campestre y alzó el vuelo, con Marshall dentro.

No regresó hasta doce horas más tarde.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su papá a Marshall.

—Arriba, en la Luna —respondió Marshall.

—No me digas —dijo su papá, con la boca ligeramente abierta y la mandíbula colgante.

Y se fue a decírselo a sus vecinos.

La mamá de Marshall, que tenía una mente más práctica, se limitó a poner delante de él un humeante tazón lleno de cereales recién cocidos.

—Tendrás mucha hambre después de un viaje como ese. Será mejor que comas algo antes de irte a la cama.

—Creo que eso es lo que voy a hacer —dijo Marshall, dedicándose con ahínco a vaciar el tazón.

Estaba afanándose en ello cuando llegaron los periodistas... un hombre grande con un bigote pequeño y un joven delgado que trabajaba en el periódico para pagarse sus estudios en la Escuela de Formación Profesional de Pompas Fúnebres.

—Bien —dijo el bigote—, así que has estado en la Luna.

Marshall se sintió un poco intimidado y asintió sin hablar.

El aspirante a pompas fúnebres hizo una mueca con los labios, pero lo dejó correr cuando la mamá de Marshall lo fulminó con una mirada.

—¿A qué se parecía? —preguntó el bigote.

—Era algo encantador —respondió Marshall educadamente—. Fresco y suave y lleno de cantos.

—¿Qué tipo de cantos?

—Simplemente cantos. Canciones hermosas.

El aspirante a pompas fúnebres dejó escapar una risita, pero la interrumpió inmediatamente cuando la mamá de Marshall depositó el vaso de leche sobre la mesa con un ruido seco y un fruncir de ceño.

—Canciones hermosas —repitió Marshall—. Como los himnos de la iglesia.

Llegaron tres vecinos para echarle una mirada a Marshall. Se mantuvieron algo apartados de la mesa, contemplando con un ligero asombro al chico que había estado en la Luna.

—¿Quién lo hubiera creído? —susurró uno de ellos—. Se le ve tan joven.

Marshall enrojeció, orgulloso, e inclinó la cabeza hacia su tazón de cereales.

Precisamente entonces, cuatro compañeros del colegio se deslizaron en la cocina y metieron sus rostros entre los intersticios dejados por los vecinos.

—¡Pregúntaselo! —dijo el más pequeño de ellos.

—Hey, Marshall —dijo el más valiente en voz alta—, ¿vas a jugar a pelota mañana?

—Claro que sí —respondió Marshall.

—Entonces estupendo —dijo el más valiente a los demás—. No ha cambiado en absoluto.

El papá de Marshall volvió con otros dos vecinos, y una mujer trajo a su esposo y sus ocho hijos desde su casa a cuatro kilómetros de distancia carretera abajo. Un caballo asomó la cabeza por la ventana de la cocina, y una gallina entró a saltitos y se escondió bajo la estufa.

La maestra de Marshall tocó la campanilla de la puerta delantera, cruzó la casa hasta la cocina y entró en ella por propia voluntad, ya que nadie acudió a abrirla.

Todo el mundo miraba a Marshall de una forma alegre y orgullosa, pero nadie parecía ser capaz de pensar en nada que decir. Incluso cuando llegó el alcalde, recién afeitado y deseando pronunciar un discurso, ocurrió algo, y cerró la boca sin haber dicho ni una palabra.

Empezaba a hacer calor en la cocina, con tanta gente apretujándose, pero era un calor agradable... alegre y feliz, y nadie empujaba a nadie. La mamá de Marshall simplemente sonreía y radiaba felicidad, y su papá daba largas chupadas a su pipa de maíz, sentado sobre una caja vuelta boca abajo junto a la estufa.

El periodista que estudiaba para la profesión de pompas fúnebres empezó a preguntarle a Marshall:

—¿Cómo sabías tú que aquello era la Luna?

Pero no pudo ir más lejos, y sin saber cómo se encontró en la parte de atrás del grupo, mirando por encima de la cabeza de los demás alzándose sobre la punta de sus pies.

Finalmente la gallina cacareó, y todo el mundo encontró aquello muy divertido, y se echaron a reír fuerte y claramente.

Marshall terminó su tazón de cereales y su leche, y alzó la vista para ver, a través de la ventana, que el patio exterior estaba también lleno de gente: habían venido desde kilómetros y kilómetros de distancia, a caballo o en carro, a pie o de cualquier otro modo. Se dio cuenta de que esperaban algunas palabras suyas, de modo que se puso en pie e hizo un discurso.

—Nunca pretendí deliberadamente ir a la Luna —empezó Marshall—. Simplemente las cosas ocurrieron así. El globo empezó a subir, y yo subía con él. Muy pronto estaba mirando hacia abajo a las cimas de las montañas, y aquello era algo. Pero seguía subiendo cada vez más y más. Por el camino vi a un águila enfadada. Estaba intentando volar tan alto como yo, pero simplemente no podía. Se estaba volviendo loca de rabia, aquella águila. Chillaba hasta hacer estallar su cabeza.

Toda la gente en la cocina, y fuera en el patio, asintieron comprensivamente.

—Al final —continuó Marshall—, llegué a la Luna. Como ya he dicho, era muy bonita.

Dejó de hablar, porque ya había dicho todo lo que tenía que decir.

—¿Estabas asustado? —preguntó alguien.

—Un poco —respondió Marshall—. Pero el aire era reconfortante, y lo superé.

—Bien —dijo el alcalde, sintiéndose obligado a pronunciar unas palabras—, nos alegramos de que estés de vuelta.

Y tendió su mano para estrechar la de Marshall.

Tras lo cual, Marshall estrechó las manos de todos los que estaban allí, y todo el mundo regresó a sus casas. El